

**«Oración» Acto de Graduación en Medicina
Hospital General de Madrid – Universidad Complutense
Promoción 2005-2011**

En las primeras páginas de *La Dama de Blanco*, de Wilkie Collins, leemos en el contexto de un diálogo: «*No importa su genialidad, señor [...]. En este país no queremos genialidad si no va acompañada de respetabilidad*». Respetadas y respetados, aun discentes pero ya colegas.

Tal día como hoy, un 18 de junio, hace setenta años, Winston Spencer-Churchill pronunció el tercero de sus memorables discursos durante el periodo de la «Batalla de Francia»: *This was their finest hour*.

Preparémonos para nuestros deberes y no dudemos que los ciudadanos del futuro dirán de ustedes: *aquel fue su mejor momento*. Solemos fracasar cuando se nos exige una postura digna y una ejemplar conducta. Nosotros, las personas comunes, no damos la talla ni mantenemos la cabeza erguida sobre el recio oleaje de la dificultad. Naufragamos sin gloria ni honor envueltos en el desconcierto Pero también es la dificultad la que hace surgir —enorme diferencia respecto a la gran mayoría— la actitud gallarda de los espíritus egregios. De ese excepcional grupo de personas que han de mantener la dignidad en la adversidad y que constituye un ejemplo de virtudes humanas. Ustedes.

Los momentos de dificultad se vuelven únicos e históricamente trascendentes ya que —*the finest hour*— son contemplados por las generaciones venideras como el mejor momento. Como un ejemplo eterno de abnegación que queda inscrito en la memoria.

El optimismo es la tácita o expresa creencia en que lo mejor viene por sí mismo. La esperanza, en cambio, supone condición y esfuerzo. «*El porvenir es la esperanza*», dice Unamuno. La esperanza debe descansar sobre una razonable conjetura acerca de la humana posibilidad de alcanzar los objetivos, si la inteligencia y la voluntad se aplican a ello. Hesiodico llama Pedro Laín a tal modo de esperar. En cualquier caso, es hora de decisiones y acciones.

La consecución de una vida social e individualmente más satisfactoria que la actual requiere, acabo de decir, inteligencia y esfuerzo; pero también, elegancia, imaginación y osadía. Sin correr el riesgo de equivocarse, ni es posible la adaptación biológica, ni, por supuesto, el progreso histórico. «*Atrévete a saber*» fue, según Kant, la más secreta consigna de la Ilustración. No nos basta hoy. «*Conocer no es bastante; debemos resolver. Intentar no es suficiente; tenemos que hacer*» nos exige Goethe.

Es preciso atreverse a saber y a hacer: a saber hacer que es crear lo inédito, a hacer saber que es enseñar lo sabido y, sobre todo, a dar vigencia social a lo que se sabe y se enseña. En otras palabras, «la Idea de Wisconsin» expresada, en 1904, por Charles van Hise, tercer Presidente de la Universidad: «*Nunca estaré satisfecho hasta que la influencia benéfica de la Universidad penetre en cada casa del Estado*».

Estamos lejos del análisis y sobre todo de la comprensión de lo que nos está ocurriendo. Sin embargo, en estos momentos de convulsión podemos hacer un recuento de bienes. Aunque la ciencia contemporánea ha estudiado e iniciado la conquista del macro, del meso y del microcosmos, las cuentas parecen claras: «*somos ricos en poquedades*», cantaba Atahualpa Yupanqui. Ricos en escasez de sabiduría y de ética; ricos en escasez de esfuerzo y de responsabilidad; en escasez de respeto y de

solidaridad, y en especial, ausencia de compromiso. Queridos y una vez más respetados y jóvenes colegas, en sus manos esta dar un vuelco a la cuenta de resultados.

Pero «¿de qué estará hecho el mañana?», se preguntaba Víctor Hugo. Para que su futuro sea lo que puede y debe ser, es preciso aunar dos máximas. La primera: mañana siempre es tarde. Empecemos hoy a construir lo que podemos y queremos ser. El acontecer histórico transcurre hoy rápido, y no sabemos si mañana seremos capaces de recuperar las posibilidades hoy no utilizadas. Es cierto: mañana siempre es tarde. Pero a la vez, y como dice el verso inmortal de Antonio Machado, «*hoy es siempre todavía*». Aunque hayamos iniciado tarde la tarea, siempre nos será posible, si a ello nos ponemos, conseguir un futuro que no sea mera repetición del ayer desplacante. Sigamos con el poeta: «*¡Qué importa un día! Está el ayer abierto al mañana, mañana al infinito. Ni el pasado ha muerto, ni está el mañana escrito*». Hacia ese no escrito mañana deben moverse.

La segunda el aprendizaje, la formación. Uno puede continuar estudiando en cualquier momento pero adecuando la formación a nuestra condición, para que podamos responder como aquel que, preguntado por la utilidad de los estudios en su vejez, dijo: para partir mejor y más contento. El sabio se impone un límite. Tenerlo presente en la configuración del futuro es absolutamente imprescindible y dará la medida de la talla de quienes deben anticiparse a hacer por clarividencia lo que más tarde deberá hacerse por necesidad. El devenir depende de que seamos capaces de desplazar los centros de gravedad desde la confrontación a la concordia, desde la dependencia de toda índole a la libertad, desde el economicismo a la culturalidad. Para que todavía pueda esperarse, no es posible demorar la salida.

Más en esa dualidad —el mañana mejor y la formación razonada—, en esa dualidad ¿habremos sabido alambicar su formación, la de ustedes, cómo personas, y cómo profesionales educados? Sus hijos harán el dictamen.

«*Doy consejo a fuer de viejo: nunca sigas mi consejo. Pero tampoco es razón despreciar consejo que es confesión*»: Les exhorto a que se examinen a sí mismos; a que encuentren su verdadera oportunidad. Por amor a sus más próximos, a esta institución y a su País, por esas obligaciones contraídas aprovechen su oportunidad; alégrese de ella, y no permitan que poder de persuasión alguno les desaliente en su tarea. Nunca, nunca, la consigna sobre la conciencia.

Recuperemos la bandera del humanismo. Una tejida con valores personales como la tolerancia, la ética, el sentido del deber, la amabilidad, la cultura o la filantropía; y también dos que mueven el mundo pero que en nuestro entorno están bajo sospecha: esfuerzo y competitividad. Ha sido atribuido a Escoto el argumento «*potuit, deuit, ergo fecit*». Si despertamos y hacemos nuestro este argumento es seguro que acabará siendo realidad lo que en él se predice: puede ser, debe ser, luego será. Sus equipajes ya están listos. El viento sopla en la popa de sus naves, que sólo aguardan su llegada para zarpar. Partan, y hagan de sus vidas algo maravilloso.

Permítanme dos recordativos. Hoy es el *Día E* —de España—, la fiesta de todos los que hablamos español; una lengua que une a quinientos millones de ciudadanos del planeta. Al hombre le preocupa su lengua, le preocupa porque se ha dado cuenta del poder de la palabra. Fray Luis de León, en el prólogo a *De los nombres de Cristo*, nos revela con qué delicadeza y tiento, con qué amor trata las palabras de su idioma al escribir: «[...] *no hablo desatadamente y sin orden [...] y pongo las palabras en concierto*

y las escojo y les doy su lugar [...]». Y también por la misma época, hacia mil quinientos y pico, Cristóbal de Villalón cree que nuestra lengua no sería en nada inferior a otras «*si nosotros la ensalzásemos y guardásemos y puliésemos [...]».* Dediquen a su lengua el amor que se merece, para que vigilen su estado, sus pasos; para que la cuiden tal como nos la cuidaron los que desde siglos atrás vienen transmitiéndonosla: desde Per Abbat y Berceo hasta Octavio Paz o Vargas Llosa; un largo camino tachonado por el canon cervantino.

Concluyo trayendo a la memoria a uno que hizo País; el Ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos. Recordamos, este año, el bicentenario de su fallecimiento. «*Si, señores — iniciaba Don Gaspar su Oración Inaugural a la apertura del Real Instituto Asturiano—; sí, señores, la deuda que contraemos hoy es inmensa, porque lo es en valor el don de su graduación; de su formación como médicos —añado. ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa más noble ni más preciosa que la sabiduría? ¿Y qué otro don pudiera ser más digno de vuestro reconocimiento? He aquí por qué la instrucción de los pueblos fue entre los sabios de la antigüedad el primer objeto de la legislación. Desde Confucio a Zoroastro y desde Solón hasta Numa Pompilio, cultivar el espíritu y formar el corazón de las personas fue el grande fin de las instituciones. Leed los fragmentos de sus leyes y los hallaréis henchidos de máximas de educación dirigidas a engrandecer las almas. Tal era entonces, tan sencillo y tan sublime, el carácter de la sabiduría. Su objeto: la ética y la moral pública y privada; el valor, como el primer apoyo de la convivencia, y el amor al trabajo, como primera fuente de la felicidad individual. Por ello fueron afirmadas y ennoblecidas las antiguas repúblicas, por ello exaltadas las almas de sus ciudadanos; y por ello engendradas aquellas altas virtudes que arrebatan todavía nuestra admiración, y que darán eterno testimonio de la excelencia de su sabiduría».* Recupérenla, ustedes. Vean en ella, ustedes, su vocación y su compromiso. Ello marcará su «*mejor momento*». Vale. Paz y bien.

Pedro R. García Barreno
18 de junio de 2011